

CLÁSICA

Trío del máximo nivel

«Andrea Chenier»

De Giordano. Con F. Armillato, D. Dessi, J. Pons, A. Rivas, V. Cortes, A. Arrabal, J. Ruiz, A. Echevarría, etc. Orquesta Sinfónica de Azeged y Coro de la Ópera de Bilbao. D. musical: R. Palumbo. D. escénica: I. Stefanutti. Palacio Euskalduna. Bilbao, 16-IV-2005

Una ópera que habla de revolución, odios, divisiones y sangre, pero también de amor, llegó al Euskalduna el día de reflexión. Mucho texto hay en «Andrea Chenier» en el que encontrar paralelos, pero no es éste el lugar. Asistimos a una revolución un tanto tradicional, proveniente de Parma y Catania. París surgía de un gran decorado en dos planos: atrás las casas de un barrio típico, y delante, móviles, los diversos escenarios de los cuatro actos. Nada nuevo tampoco en los movimientos, pero todo tan correcto como para que la puesta en escena se aplaudiese sin desacuerdos. Renato Palumbo se fue dejando llevar por el dramatismo de la partitura hasta desbocar el sonido, llegando a obligar a los cantantes a forzar más de la cuenta y a sepultar sus voces. Energía y decibelios son la misma cosa. Atortunadamente, hubo calidad en coro y orquesta. Lo mejor vino del apartado vocal, con un trío protagonista del máximo nivel y un muy cuidado reparto de segundos, empezando por Viorica Cortez, emotiva Madelon y más estridente condesa.

Un gran final. Fabio Armillato revalidó la excelente impresión causada en este mismo papel en Sevilla hace cuatro años. Chenier es probablemente el mejor de sus papeles y estamos ante uno que tenores como Gigli, Monaco, Bergonzi o Domingo han reservado para grandes ocasiones. Empezó bien sus cuatro arias, pero las terminó aún mejor y siempre logró vencer a la orquesta sin perder musicalidad. Daniela Dessi supo reflejar la frivolidad de Magdalena en el primer acto y la angustia en los restantes, aunque es deseable un mayor peso del centro en la parte final de «La mamma morta». Vibrante el dúo final. Gerard es uno de los caballos de batalla de Juan Pons, con el que triunfa en Nueva York o Viena. A su composición del mayordomo venido a más no le puede poner ningún reparo ni vocal ni escénico. Se le debería escuchar mucho más en España. El siempre frío público de las primeras bilbaínas se rindió a estos tres artistas, hoy por hoy de los más adecuados a sus respectivos papeles.

Gonzalo ALONSO

TEATRO

Un Williams a prueba de golpes

«El zoo de cristal»

De Tennessee Williams. Reparto: Cristina Rota, Luis Tosar, María Botto, Juan Carlos Vellido. Director: Agustín Alezzo. Centro Cultural de la Villa. Madrid.

Hay algo en los unicornios, más allá de su belleza imposible, cierto misterio simbólico, a menudo asociado con la libertad. Poblaban las fantasías de Deckard en «¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?», más tarde «Blade Runner» en el cine. Para él eran la luz, un mundo lejos de su oficio violento y de las ciudades góticas copiadas a Fritz Lang por Ridley Scott. El director también se sirvió de ellos en su fábula «Legend» y Eslava Galán lo convirtió en objeto inalcanzable en sus páginas. También Tennessee Williams le saca partido en «El zoo de cristal». La figurita de la colección de animalillos de cristal de Laura, tullida y patológicamente tímida, deja de ser un unicornio al romperse su cuerno para convertirse en un caballo vulgar.

Como sus vidas, la de Laura, la de su madre Amanda, la de su hermano Tom, o llamémosle Tennessee, pues ésta, la obra primera del autor, es casi autobiografía: un grito contra la madre dominante, contra un empleo en una zapatería que aborrece, contra una existencia gris de clase media sureña que le ahoga.

Un acto de egoísmo. En la primera parte, Tom choca con su madre por cualquier tontería. Sueña con volar lejos, con escribir, con ser marino. Se refugia en el cine y en la bebida. En la segunda, Tom logra invitar a cenar a un candidato matrimonial para su hermana en un acto de puro egoísmo: su libertad depende de



Un gran Luis Tosar y Cristina Rota interpretan este montaje de «El zoo de cristal»

que su hermana encuentre marido. Williams expió sus demonios familiares —y se dio a conocer con un éxito inesperado— con este texto inteligente y dinámico de 1950 que no ha caducado.

La lectura de Agustín Alezzo es limpia y actoral: confía en el reparto, aunque merece la pena destacar el bello uso de la iluminación y la música. Cristina Rota ofrece un derroche de trabajo actoral. Se le nota la escuela, como maestra que es. María Botto no está mal, en un papel agradecido —las cojeras y los

personajes acomplejados suelen ser auténticos caramelos para un intérprete— y Juan Carlos Vellido tiene gracia como Jim, el pretendiente. Pero es Tosar lo mejor de la obra. Defiende su posición de actor puntero. Sabe contener emociones y explotar cuando la ocasión lo requiere. Tom-Tennessee lucha por mantenerse entero, por que la realidad no le rompa en fragmentos, un unicornio desbocado que quiere galopar lejos de su destino.

Miguel AYANZ

ROCK

Lou Reed, genio contemporáneo

Lou Reed

L. Reed (voz, guitarra y bajo), M. Rathke (guitarras), F. Saunders (bajo, guitarra y coros), T. Smith (batería y coros), J. Scarpantoni (cello). San Sebastián, 16-IV-05.

Lou Reed apareció el sábado por la noche por San Sebastián para ofrecer una apabullante lección de cómo se debe interpretar esta cosa llamada rock and roll: «riffs» furiosos y precisos, una sección de ritmo como un tren de mercancías, versos con métrica milimétrica y una voz de las de echarse a temblar.

El genio americano no entiende de nostalgia fácil y le da lo mismo tirar de repertorio añejo, como en su anterior gira europea, que sacar lustre a un material totalmente nuevo y contemporáneo como el que hace ahora. San Sebastián no escuchó ni un solo tema de la Vel-

vet Underground y apenas interpretó cinco piezas con más de veinticinco años. Y todo lo que tocó sonó tan brutal como entonces, como ahora. El show empezó con «Adventure» y siguió con la canción «The Proposition»; y luego llegó un bombazo llamado «My house», que estuvo maravilloso, con una guitarra final de volverse verdaderamente loco. Después «Ecstasy», una canción que define perfectamente cuál es la categoría de Lou y su impresionante banda. Después llegó una gloria llamada «Talking boock», una interpretación donde el maestro americano demostró que su voz todavía es capaz de doblar corazones. Otro de los delirios de la noche, quizá el momento más divertido y juguetón, fue el «Charlie's girl», que gran parte del auditorio confundió

con su celeberrimo tema titulado «Walk on the wild side».

Y después una joya rescatada de su memorable «New York», llamada «Halloween parade», la visión surrealista de una calle enloquecida de su ciudad favorita. El final de su set fue «Blue mask», la demostración de que un hombre con más de sesenta años aún puede armar, y parece tener cuerda para rato, todo el ruido del mundo.

A la gente no le importó desconocer la mayoría de las canciones que sonaron en el Kursaal, la prueba de que el directo de Lou Reed es apabullante. Para los bises dejó su archiconocido «Perfect day». Efectivamente, fue un día perfecto para el rock and roll; como siempre, para este Lou Reed contemporáneo.

Alberto BRAVO

CLÁSICA

Las voces del futuro

Concurso de Canto F. Guerrero

Prueba final. Concursantes. Orquesta de la Comunidad de Madrid. Director: Miguel Roa. Teatro de la Zarzuela, Madrid. 16-IV-2005.

Una de las manifestaciones más acrisoladas de las que organiza la Fundación Jacinto e Inocencio Guerrero es este concurso internacional. La prueba final nos ha proporcionado la posibilidad de escuchar a cinco jóvenes voces. No parece que el nivel haya sido especialmente alto. El jurado, presidido por Antón García Abril, ha dado el primer premio —que supone contratos en el Real y Zarzuela, inclusión en el premio Operalia y 12.000 euros— a la mexicana María Elena García Rivera, una soprano lírico-ligera de considerable centro, agudos bien colocados y pasable arte de canto. En el aria «Caro nome» de «Rigoletto» evidenció ciertas limitaciones en los ataques y en algunas notas picadas, faltas de limpieza y afinación. Cerró con fortuna la página con una «messa di voce» bien regulada.

El segundo galardón más importante recayó en el ucraniano Igor Gnidi, de instrumento opaco y muy débil en la zona inferior; un barítono muy lírico que pasó ciertos apuros con una inoportuna flemma y que cantó discretamente. La tercera plaza fue para Beatriz Díaz González, vivaracha, con desparpajo, voz pequeña de lírico-ligera, sin especiales brillos, muy justa en agilidades y sobreagudos.

Mezzo auténtica. Sendos premios recayeron en la mexicana Paula Nogueira Lomelín, lírico-ligera de escaso esmalte, con tres notas agudas potables y poco relieve en el fraseo, que se estrelló en la «cabaletta» de «La traviata», y en la española Pilar Vázquez Burguete, sin duda, para el firmante, el instrumento más interesante de los cinco, el de una mezzo auténtica, de esos que ya no quedan: homogéneo, timbrado, cálido, potente. Es cierto que su canto es aún parvo, que no articula correctamente, que abusa de sonidos fijos, que engola un tanto; limitaciones que se corrigen con el estudio y un buen maestro; todavía es joven y podrá mejorar sus prestaciones en «Werther» o «Sansón y Dalila». Roa y la Orquesta de la CAM acompañaron con muy aceptables resultados si tenemos en cuenta que casi se leyó a primera vista. Durante las deliberaciones interpretaron la «Fantasía sobre temas de Chapí», hábilmente construida en 1913 por Conrado del Campo.

Arturo REVERTER